

Agustín de Hipona: Dios

“Entiende para creer, cree para entender”. Esta frase sintetiza las claves del pensamiento agustiniano. El hombre, pecador por naturaleza (tal y como se recoge en el *Génesis* a través de la noción de “pecado original”), necesita del don gratuito de la fe para satisfacer todas sus aspiraciones de felicidad y conocimiento verdadero. **Esto no implica que la razón sea prescindible, ya que si Dios nos ha creado así será para que utilicemos esta facultad.** Agustín desarrolla su filosofía en un momento convulso para el cristianismo, cuando distintas corrientes estaban en pugna para erigirse como representantes de la verdadera fe. En este contexto surge uno de los grandes tópicos de la filosofía medieval: la relación entre fe y razón.

Esta relación fue, en un principio, compleja, debido a las diferencias existentes entre la doctrina cristiana y la tradición filosófica griega. Mientras que los pensadores griegos se referían a “dios” como una **inteligencia ordenadora del cosmos o como causa final** (Anaxágoras, con su idea de *nous* o Aristóteles con el **Primer Motor Inmóvil**), los cristianos entendían a Dios como un **ser providente, de apariencia humana y preocupado por los asuntos humanos; creador (causa eficiente), omnipotente y paternal.**

A diferencia de lo que enseñaban los filósofos antiguos, Agustín de Hipona afirma que **Dios ha creado el mundo de la nada (*creatio ex nihilo*)**. Dios creó el mundo con la mediación del Verbo, “*por medio del cual todas las cosas fueron creadas*”. En el Verbo, que es la inteligencia divina, están contenidas todas las ideas eternas.

Las cosas del mundo sensible son, pues, “vestigios” o reflejos del Verbo, mientras que **el alma humana es creada a imagen y semejanza de Dios**. Al crear las cosas y las almas, Dios introdujo en ellas las “razones seminales”, o sea, las formas en potencia de todos los seres destinados a desarrollarse en el tiempo.

El ser humano, creación de Dios, está compuesto de alma y cuerpo, pero su verdadera realidad es el alma, la cual usa el cuerpo como un instrumento para vivir en el mundo sensible. Por su parte, esta alma humana está compuesta de tres facultades, que son la memoria, la inteligencia y la voluntad. Tanto juntas, como cada una por separado, constituyen la vida, la realidad y la sustancia del alma. Es en esta estructura del ser humano interior la que hace, pues, posible la búsqueda de Dios. Sin embargo, esta búsqueda y este conocimiento han de ser fruto, según Agustín de Hipona, de **una libre decisión del ser humano**.

La gran pregunta que se hace Agustín es la siguiente: **si Dios existe, y es pura bondad y omnipotencia; entonces, ¿de dónde proviene el mal?** Agustín, como en tantas otras ocasiones, recurre a Plotino para elaborar su respuesta: **el mal no es una cosa, sino la falta de una cosa, es decir, su deficiencia. El mal no tiene una existencia en sí, sino que debe ser entendido como la**

“ausencia del bien”. Pese a este original análisis del mal como “ausencia” Agustín se preocupará, principalmente, por el **mal moral**. Todas las injusticias, irracionales y perversidades que vemos en las guerras y otros actos de violencia son, para Agustín, **resultado del mal uso que los seres humanos hacemos de la libertad que Dios nos ha otorgado**.

Pese a que la existencia de Dios es clara para San Agustín, este intentará hacer una **demonstración** de la misma. Para ello presentará varios argumentos como la propia **grandeza de la creación** (la realidad es demasiado compleja para no haber sido creada por una inteligencia) o el argumento del **consenso** (la mayoría de hombres creen en Dios). Sin embargo, el principal argumento es el que deriva del **carácter eterno e inmutable** de ciertas ideas que tenemos en **nuestra alma**, que contrastan con la naturaleza humana, mutable y finita, y por lo tanto tienen que tener como causa un ser eterno e inmutable: Dios. Este argumento sería retomado siglos después por autores como Descartes.